

## Spanish Sermon for Lent 1 (the Temptation of Christ)

Rev. Lynette Poulton Kamakura

Lent 1, 9 March 2025, St. Luke/San Lucas

Deuteronomy 25:1-11; Romans 10:8b-13; Luke 4:1-13; Psalm 91:1-2,9-16

Dios de Sabiduría, acerca tu palabra a nosotros, a nuestros labios y a nuestros corazones.  
Amén.

Por favor, tomen asiento.

¿Se han preguntado alguna vez cómo era la vida de Jesús antes de que comenzara su ministerio? Lucas nos dice que Jesús tenía unos treinta años cuando comenzó su ministerio. No tenemos mucha información sobre esos años. Me imagino que, hasta ese momento, Jesús llevaba una vida bastante normal, trabajando como carpintero, cuidando de su madre y de sus hermanos y hermanas. Tal vez saliendo con los otros solteros.

Mientras tanto, su primo Juan ya había comenzado su ministerio. Estaba deambulando, llamando a la gente a volver a Dios, a tratarse unos a otros con justicia, a cuidarse unos a otros en estos tiempos difíciles de la ocupación romana, proclamando la buena noticia al pueblo.

Entonces, un día, Juan estaba predicando y bautizando, y Jesús se acercó y decidió ser bautizado también. Y fue en ese momento que las cosas comenzaron a cambiar para Jesús. Nuestra escritura dice que el cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma corporal, como una paloma.

Nuestro texto de hoy comienza justo después de esto, con Jesús regresando de su viaje a Jordania, y siendo lleno del Espíritu Santo. En lugar de ir directamente a casa, el Espíritu lo llevó al desierto, donde pasó cuarenta días siendo probado. En las Escrituras, con frecuencia vemos a personas que van al desierto para discernir, para entender las cosas, para alejarse del ajetreo y el bullicio de la vida cotidiana para centrarse, para contemplar, para abrirse al Espíritu Santo, para encontrar el camino que Dios tiene para ellos. Moisés lo

hizo. David lo hizo. Elías lo hizo. Y ahora Jesús está siguiendo sus pasos, siguiendo la guía del Espíritu Santo, hacia el desierto.

Me imagino que este era el período de discernimiento de Jesús, de decidir qué iba a hacer con el resto de su vida. Estoy seguro de que Jesús probablemente ya había sentido un poco de presión para hacer algo. Después de todo, el ángel le había dicho a María que él sería “grande”, que sería llamado “el Hijo del Altísimo” y que “el Señor Dios le dará el trono de David su antepasado, que reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”. No había presión allí.

Sin embargo, hasta este punto, no parece que Jesús haya hecho mucho para que esto sucediera. Así que ahora, después de su bautismo, lleno del Espíritu Santo, Jesús está lidiando con su futuro. Ayunando. Orando. Pasando tiempo a solas. Siendo probado.

Tendemos a pensar que ser el Mesías es algo glorioso, algo así como ser el rey. Mucho poder y majestad. Liderando a un pueblo esclavizado hacia la libertad. Desfiles con palmas ondeantes. Tal vez incluso un palacio o dos. Pero Jesús sabía que no era así. Era consciente de que asumir este ministerio podría llevar a riquezas y gloria, o podría seguir otro camino.

Asumir este ministerio podría significar dejar atrás su vida actual. Dejar atrás su familia, sus amigos, su profesión. Dejar atrás la estabilidad financiera para vivir una vida dependiente de la buena voluntad de los demás. Renunciar a la posibilidad de ser esposo, padre. Viajes constantes. Críticas frecuentes. Y el peligro siempre presente de las autoridades romanas y judías.

El teólogo David Jacobsen escribe: “La cuestión no es si Jesús es el Hijo de Dios, sino cómo llevará a cabo su vocación ungida por el Espíritu”. Esta no era una decisión que se pudiera tomar a la ligera. ¿Qué camino tomaría Jesús? ¿Riquezas, gloria, poder o servicio, pobreza, sacrificio? Jesús se tomó su tiempo en el desierto. Ayunando. Orando. Discerniendo. Poniendo a prueba.

En este período de discernimiento, este período de búsqueda y escrutinio, entra el diablo con sus tentaciones, sus pruebas. La primera prueba parece bastante sencilla: Jesús no ha comido en mucho tiempo. Tiene hambre. Y el diablo le sugiere: “Como eres el Hijo de Dios, ordena a esta piedra que se convierta en pan. Usa tus poderes para hacer milagros por ti mismo, para cuidar de ti mismo, para tu propia supervivencia”.

Recuerden que Jesús vivía en una sociedad plagada de pobreza. Los expertos estiman que hasta el 90% de la población de Israel en ese momento vivía en la pobreza extrema, padeciendo hambre a diario. Los niños literalmente se morían de hambre en las calles. ¿Jesús, como Mesías, usaría su poder para convertir piedras en pan, para alimentarse a sí mismo, para alimentar a su pueblo?

La respuesta de Jesús, registrada en Mateo, lo hace más explícito: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Jesús reconoce que está siendo llamado a satisfacer las necesidades de la gente, sus necesidades espirituales.

La segunda prueba consiste en que el tentador, el diablo, lleva a Jesús a la cima de la montaña para que vea “todos los reinos del mundo”. El diablo le dice: “Te daré todo esto, su gloria y su autoridad, si me adoras”.

Una vez más, recuerda que Jesús vive en una tierra ocupada, bajo una gran opresión por parte del gobierno romano. ¡Qué atractiva debe haber sido la idea de que Jesús pudiera convertirse en el líder, el rey, que pudiera sacudirse el yugo de la opresión, no solo para sí mismo sino para todos los reinos!

En esas circunstancias, tener la capacidad de hacerse cargo, de hacer lo mejor para su pueblo, de evitar que sucedieran más cosas malas, podía parecer muy atractivo. Al aceptar la oferta del tentador, Jesús podía abordar todas las necesidades sociales de su comunidad y del mundo.

Pero Jesús se dio cuenta de que la forma en que se obtiene la autoridad es importante. “Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él servirás”. Tomar atajos, hacer concesiones “por el bien mayor”, cooperar con los gobiernos y poderes terrenales, puede ser muy tentador a

veces, pero aquí, Jesús nos recuerda que siempre y sólo debemos servir a Dios. Debemos mantener claras nuestras lealtades, no dividir las, no dejarnos llevar a un lado por lo que sólo será una ganancia temporal.

La tercera prueba tiene lugar en Jerusalén, en el templo. Allí, el tentador le dice a Jesús: “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo de aquí, porque está escrito: ‘A sus ángeles mandará acerca de ti, para que te guarden’, y ‘En sus manos te sostendrán, para que tu pie no tropiece en piedra alguna’”.

Esta prueba parece un poco diferente a las otras. No está tan claramente vinculada a una necesidad física o social. Más bien, esta prueba aborda el uso del poder. Aquí, el tentador le está diciendo a Jesús: si realmente eres el Mesías, si realmente eres el Hijo de Dios, ¡pruébalo! Muéstrame tu poder. Muéstrale al mundo lo que puedes hacer. ¡Abraza tu identidad como Mesías, como rey!

La respuesta de Jesús es simple: No pongas al Señor tu Dios a prueba. Dios no existe para jugar juegos de poder con nosotros, pero para llevarnos a la plenitud, para concedernos la vida eterna.

Y es en este punto, a través de estas pruebas, que Jesús tiene claridad respecto a su vocación, que ve claramente su camino a seguir. Él debe ser el Mesías. Él debe ser el Hijo de Dios. Pero no lo hará como el mundo (o el tentador) quiere. Él no estará levantando ejércitos para liderar en la batalla. Él no ascenderá al trono, gobernando las tierras con poder y autoridad.

Y la respuesta de Jesús es que llevará a cabo su vocación como el Espíritu lo guíe, como le han instruido las Escrituras, como ha aprendido de los profetas. Seguirá el camino que Dios ha trazado, por rocoso y empinado que sea ese camino. Él sanará. Él enseñará. Él nos mostrará cómo vivir.

Aunque a menudo consideramos el bautismo de Jesús como el comienzo de su ministerio, creo que es aquí, después de este tiempo de discernimiento en el desierto, después de esta prueba por parte del tentador, que Jesús abraza su futuro, que Jesús responde al

llamado del Espíritu, que Jesús emprende el camino que Dios traza: un camino de sanación y alegría, un camino de sufrimiento y lágrimas, un camino que finalmente conduce a la salvación para todos.

Como diría mi mentora de predicación, la difunta reverenda Grethe Barber, ¿qué significa eso para nosotros? ¿Qué lección podemos aprender de la vida de Jesús? ¿Cómo podemos hacerla realidad hoy?

Al igual que Jesús en nuestro texto de hoy, sabemos lo que estamos llamados a hacer. Lo repasamos al comienzo del servicio: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”.

La pregunta con la que lidiamos hoy, al igual que Jesús en el desierto, no es qué estamos llamados a hacer, sino más bien cómo vamos a hacerlo. ¿Cómo vamos a vivir nuestro amor por Dios? ¿Cómo vamos a expresar nuestro amor por nuestro prójimo? Todos nuestros vecinos, los que nos agradan y los que no soportamos, los que están de acuerdo con nosotros políticamente y los que no, los que entran por las puertas de nuestra iglesia y los que se quedan afuera de las grandes puertas rojas.

Quisiera pedir que, durante este tiempo de Cuaresma, durante este tiempo de quietud y contemplación, cada uno de nosotros pase algún tiempo en el desierto, o en las montañas, o en la playa, o en la tranquilidad de nuestro propio dormitorio; que cada uno de nosotros pase algún tiempo en discernimiento, en contemplación, en oración; que escuchemos la voz del Espíritu; que busquemos nuestro propio camino, el camino que Dios nos invita a seguir.

Durante nuestra serie de cenas de Cuaresma, discerniremos juntos, buscaremos juntos nuestro camino, nuestro camino a seguir como comunidad de iglesia. Una vez más, tendremos la oportunidad de escuchar al Espíritu, de oír esa voz juntos, de encontrar el camino que Dios nos invita a seguir.

Os dejo con este último desafío: ¿cómo os llama el Espíritu a amar a Dios? ¿Cómo os llama el Espíritu a amar al prójimo? ¿Cómo nos llama el Espíritu como comunidad a encarnar el amor de Dios en el mundo? ¿Y cómo vamos a responder?

Amen.